

Sermón de la Siete Palabras

Rvdo. Fray Luis Miguel García Palacios

Dominico, Subprior del Convento de San Pablo de Valencia

Valladolid, Viernes Santo, 25 de marzo de 2016

Año Jubilar Dominicano – Año de la Misericordia

Eminentísimo Señor Cardenal- Arzobispo de Valladolid, don Ricardo.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Señor Cura Párroco de la iglesia de Santiago, Alcalde-Presidente y miembros de la Junta de Gobierno y Hermanos cofrades de la Cofradía de las Siete Palabras.

Hermandades y Cofradías penitenciales de Valladolid.

Frtales dominicos.

Hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo.

No es propio del castellano, otra cosa, que la franqueza y la claridad en la expresión de los sentimientos, haré pues, una confesión de parte.

Si el año pasado ocupó este púlpito el Reverendo Don Antonio Pelayo, y siendo vallisoletano, buen comunicador, y mejor conocedor de la Semana Santa de esta ciudad, le embargaba una gran emoción, al sentirse (*y cito sus palabras*) "conmovido hasta lo más hondo del corazón por el honor y el privilegio de predicar el solemne Sermón de las Siete Palabras, viéndose rodeado de la gran plaza Mayor y como custodiado por los siete pasos procesionales de esta cofradía... pueden ustedes imaginar que quien os habla, como no podría ser de otro modo, sienta una emoción, incluso, cierto temor, pues tengo sobre mis hombros la carga de hacer llegar hasta vosotros, no mis palabras, sino aquellas que, en el primer Viernes Santo, pronunciara el Hijo de Dios.



Estar hoy aquí es un honor, por supuesto inmerecido e impensable, para quien no pretende ser otra cosa que el menor de los hijos del Sembrador de la Palabra, santo Domingo de Guzmán, y digo esto con total sinceridad, pues soy poco amigo de halagos innecesarios.

Agradezco ya, desde ahora, la confianza que la Cofradía de las Siete Palabras ha puesto en mí para pronunciar este solemne Sermón, al tiempo que os hago una petición. Hace más de veinte años que ingresé en la Orden de Predicadores, y una sola cosa pedí, siguiendo nuestra antigua tradición litúrgica: *La Misericordia de Dios y la vuestra (Ritual O.P.)*. A esta última apelo en esta mañana, para que, con ella, disculpéis lo que la emoción no me deje expresar con meridiana claridad.

Permitidme que os hable este palentino de nacimiento, aunque burgalés de adopción. Pues quiso el buen Dios que dejara, junto a mi familia, las tierras del Carrión, para vivir a la sombra de la casa solariega de Santo Domingo, en la villa de Caleruega, y allí creciera y naciera mi vocación de dominico.

Dejadme espigar algunos recuerdos muy profundos que tengo de esta ciudad de Valladolid, donde comencé a dar los primeros pasos de mi vocación como postulante dominico, en la calle Imperial, en el año 1994, y teniendo como un referente y faro luminoso nuestra iglesia de San Pablo y su majestuosa fachada, con ese alarde de sacar la predicación a la calle por medio del arte.

Dejadme, en este 800 aniversario de la Confirmación de la Orden de Predicadores, que recorra nuevamente las calles y las plazas de la ciudad del Pisuegra, que ilustres dominicos como Fray Luis de Granada, el obispo Alonso de Burgos, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, y un largo etcétera, recorrieron antes que yo, cuando, siendo estudiantes, fueron huéspedes ilustres en el antiguo Colegio de Teólogos de San Gregorio, que hoy custodia la mejor expresión de la fe hecha escultura. Juni, Gregorio Fernández, Berruguete... son hoy sus nuevos moradores no menos ilustres.

Dejadme que, por un momento, vuelva a recorrer la calle Platería, *vía sacra*, que, desde esta plaza, me llevaba a la Iglesia de la Santa Vera Cruz y que extasiado me quede mirando a ese *Cristo atado a la Columna*, sin importarme el correr del tiempo; y que vuelva a bajar presuroso la calle, camino del Colegio de la Salle, donde estudié, y que, desviando mis pasos, llegue hasta la iglesia de Nuestra Madre de las Angustias, y hoy, como entonces diga:

Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas;
clávame tus sietes espadas
en ésta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí, en mi torpe mejilla,
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla. (Gerardo Diego. *Poema a la Dolorosa*)

Dejadme que vuelva hoy, a la Calle Santiago y allí, en la Iglesia que le da nombre, busque la paz y el sosiego del alma, y mire cara a cara, a ese Cristo de las Mercedes, que hoy me ha traído hasta aquí y cuya agónica mirada sigue resonando como una pregunta en el alma de quien lo mira.



Permitidme, por un momento, ir a besar la imagen sagrada de Jesús Nazareno, aunque tenga que esperar largo tiempo, envuelto en el frío y la niebla, al resguardo de la Calle del Peso.

Dejadme, para terminar mis recuerdos vallisoletanos, parar en san Quirce, seguir por la recoleta calle de Santo Domingo, y, en Santa Catalina, al amor de la oración callada de mis hermanas, cantar, como ofrenda de la tarde, junto al Cristo de las Lauras:

A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado,
a tus manos encomiendo mi espíritu
tú el Dios leal me librarás. (Sal.10)

Quisiera, antes de comenzar con estas reflexiones, traer aquí, a esta plaza, en el Año Jubilar Dominicano, a santo Domingo de Guzmán, quien es mi padre y modelo. Gustaba, el varón escogido de Dios, de orar frente a un crucifijo, entrando con él en conversación, diciendo: *Escucha, Señor, mi oración, presta oídos a la voz de mi súplica. Extiendo mis brazos hacia ti..., escúchame en seguida, Señor* (Sal 142).

Así, esta mañana, quisiera trabar conversación con aquel que, en este día, nos dirigió sus últimas palabras y que este diálogo, sencillo, íntimo y de corazón a corazón, como el que en su día tuviera la enamorada santa Catalina de Siena, fuese, también el vuestro.

El angélico doctor, santo Tomás de Aquino, que llegó a afirmar que había aprendido más mirando, digamos "dialogando", con Cristo crucificado, que en todo lo que había escrito o leído, resumió el carisma de los hijos de Santo Domingo, en aquella máxima que ahora hago mía: *Contemplata aliis tradere*. Contemplar y dar de lo contemplado.

Siguiendo a tantos hermanos míos, que a lo largo de 800 años, han contemplado la pasión de Jesucristo, y con su palabra y vida la han proclamado, os invito a mirar a cada uno de los "Cristos Crucificados" que hoy nos presiden. En Cristo, solo la mirada y el corazón. Contemplemos esas imágenes y, al compás de las Palabras que salen de la boca de un Dios que se muere, mejor dicho, al que hemos dado muerte, alimentemos en esta mañana de Viernes Santo nuestra alma.

Cuando alguien nos expresa algún deseo, algún mandato, y lo hace en la cercanía de la muerte, esas palabras se convierten para nosotros en un compromiso, en algo sagrado que tenemos obligación de realizar en nombre de la persona que nos lo ha encomendado, pues es "su última voluntad".

Jesús, clavado en una cruz, soportando el escarnio y la burla de la muerte más ignominiosa, ensangrentado, abatido, débil, casi sin fuerza para articular una palabra perceptible, nos dirige su "última voluntad", en siete palabras que no podemos desoír, que no podemos desatender, pues no las pronunció solamente para aquellos que lo habían llevado hasta el Gólgota y lo habían clavado a un tosco madero sin piedad.

Nos las está dirigiendo a cada uno de nosotros, aunque haya pasado mucho tiempo desde que las pronunció por primera vez, y nuestros oídos y nuestro corazón estén más ocupados en "ver" el espectáculo de la pasión, que "oír", hoy como entonces, las palabras de un Dios que nos está hablando.

Somos, pues, nosotros los destinatarios de las palabras y debemos atender a este último discurso de la vida terrena de Jesús. Estas siete lecciones, son para nosotros siete



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

hitos en nuestro caminar como cristianos, que han de resonar en nuestro interior y han de hacer cambiar el rumbo de nuestra vida.

Si verdaderamente estamos aquí es para escuchar lo que nos dice Jesús, a punto de morir. Si estamos aquí es para algo más que cumplir con una venerable tradición en la Semana Santa vallisoletana. Si estamos aquí es para algo más que para llevar a cabo un acto que, a veces, suscita otros intereses. Para lo que verdaderamente debe se debe estar aquí para vivir nuestra fe.

No esperó Cristo al final de sus días para legarnos su mensaje de salvación. Desde su concepción a su muerte, Jesús nos está hablando y nos está dejando el gran mensaje de amor, de perdón, de confianza y de unión con el Padre de la Misericordia que, por amor a nosotros, los hombres, permitió que su propio Hijo muriera en el escándalo de la Cruz, el altar más noble del más grande sacrificio y el mayor púlpito de la más sobrecogedora predicación.

¡Viernes Santo!..., ¡Sermón de las Siete Palabras!



Primera Palabra

«PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN»

Los que pasaban por allí junto a la cruz lo insultaban meneando la cabeza y diciendo: ¡Sálvate a ti mismo, bajando de la cruz! [...] Hasta los que habían sido crucificados junto con él lo injuriaban. Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Aquella gente que vociferaba a lo largo del camino que iba del pretorio al Gólgota, no espera ya nada de ti. No espera ni tu muerte pues, una vez clavado al madero, era cuestión de tiempo, tu muerte estaba asegurada; y si la agonía se prolongaba, te romperían las piernas y, en pocos segundos, tu cansado cuerpo dejaría de vivir.

Los soldados están a lo suyo, a terminar pronto el trabajo que supone poner orden en aquella turba, hasta hace unos minutos enloquecida por el espectáculo sangriento. Les importa tan poco lo que digas, que se entretienen jugándose a los dados tu túnica. Incluso hoy, Señor, no sé si esperamos algo de ti... Pero aún te quedan fuerzas para que oigan tu voz. Quizá tu primera palabra solo se oyó en el viento enrarecido, en los corazones angustiados por tu agonía y en los de aquellos que se encontraban a tu lado. El resto... el resto “están a lo suyo”; entonces y ahora.

¿De qué otro modo podrías empezar estas palabras, sino con palabras de perdón? ¿Acaso ofreciste otra cosa, que palabras de perdón, a aquel paralítico que pidió su curación? ¿Qué regalaste a la mujer adúltera? Perdón, sólo perdón.

Pero, no nos engañemos, perdonar no es fácil; “perdón”, posiblemente, es la palabra más fácil de decir, pero la más difícil de sentir para que sea auténtica. En tu situación no es fácil perdonar; cuando te han apaleado, te han mostrado a la burla y al escarnio público, te han insultado, te han cargado con un madero, cuando te han desgarrado, con saña, tus carnes, cuando han atravesado tus manos y tus pies..., en ese momento no es fácil perdonar. Además, hacerlo como Tú lo estás haciendo es más difícil aún.

Tú diste el perdón a cuantos te lo pidieron, a cuantos estaban atados por el pecado, la enfermedad y la exclusión; concedías el perdón a aquellos que te lo suplicaron, a aquellos que te dijeron con la voz inundada de lágrimas: *Jesús Hijo de David ten misericordia de mí (Lc 18, 38)*. Esas lágrimas, te conmovieron.

Tus palabras no fueron de venganza o de condena, como lo fueron las de muchos poderosos de tu tiempo, como lo son hoy las de muchos otros, bajo el pretexto de una potestad, que les concede tu único sacerdocio, por la que quieren atar las conciencias. El perdón, o es misericordia gratuita o es una palabra más de esas que se lleva el viento.

Tus palabras fueron de amor, y nada más que de amor. Hoy, en esta primera palabra, se cumple la promesa de recibir una medida colmada y remecida si somos capaces de no juzgar y de perdonar.

Al decir: “perdónales Padre”, intercedes por nosotros ante el Dador de todos los bienes, ante Aquel que, por amor a la humanidad, te ha llevado hasta este altar de la cruz. Intercedes y nos concedes el perdón por todas las ocasiones en las que hemos vuelto la cara al amor y a la misericordia del Padre. Nos perdonas por todos los momentos en que hemos dejado, conscientemente, que actúe el mal y no el bien, nos perdonas por todos aquellos actos que te han llevado a la cruz, nos perdonas por cada blasfemia, que ha sido para ti como un amargo latigazo en tus espaldas, como una



bofetada en tu mejilla, como un beso amargo de traición. Nos perdonas por todas las veces que escondimos la mano negando la ayuda a los más necesitados; por todo esto nos perdonas.

Puede ser que no merezcamos el perdón que nos ofreces, pero eso no te importa. No te importa si somos o no merecedores de tu perdón. Seguramente no; pero tú no has subido a la cruz para premiar nuestros méritos, sino para redimir a la humanidad, sin distinción, sin fijarte en éste o en aquel, como hacemos nosotros tantas veces. Aceptaste la cruz, pues sabías que con ese acto, de amor infinito, perdonabas y borrabas, de una vez para siempre, todos nuestros pecados. Porque sabías que, *aunque nuestros pecados sean rojos como la púrpura, con tu sangre derramada, los dejas blancos como la lana (Is 1,18).*

No sé, Señor, si merecemos el perdón por las faltas que te han llevado a una muerte tan horrible. No sé, Señor, si merece la pena sufrir como tú estás sufriendo, morir como tú estás muriendo. Lo que ahora importa es que esta humanidad, que se cree por encima del bien y del mal, necesita, sin lugar a dudas, de tu perdón. ¿A dónde vamos a ir sin tu perdón, si sólo en tus labios encontramos palabras que nos dan la vida? ¿De qué otro camino disponemos, sino el que marcan tu perdón y tu amor sin límites?

Pero, por si el perdón que nos concedes nos parece poco, nos disculpas con esas palabras que nos deben hacer pensar: "no saben lo que hacen". ¿Se puede tener un amor más grande que el que tú tienes? Por nosotros, te han acusado de blasfemo; por nosotros, has sufrido la vergüenza y la desnudez; por nosotros, has soportado a la muchedumbre que pedía tu muerte, y aún así, por tu amor, nos disculpas.

Cuando desgarramos tus carnes con las injusticias de nuestro tiempo, con la desigualdad, el hambre, la exclusión de aquellos que no piensan o que no son como nosotros... ¿no sabemos lo que hacemos y Tú nos perdonas?

Cuando nos manifestamos por las calles y plazas, pidiendo unos justos derechos: a la vida, al trabajo, a una vivienda digna y un largo etcétera, pero, al mismo tiempo, permanecemos mudos y somos cómplices, con nuestro silencio, de la muerte de miles de niños inocentes que aún no han visto, ni verán nunca, las maravillas de tu creación... ¿no sabemos lo que hacemos?

Cuando el anciano se encuentra desvalido, y ya no es sino una carga, y queremos poner solución al problema con el pretexto de una buena muerte... ¿no sabemos lo que hacemos?

Cuando ponemos número y cupo a las manos temblorosas por el hambre y el frío, de tantos y tantos que huyen del terror y la guerra... ¿no sabemos lo que hacemos?

Cuando olvidamos y silenciarnos, hipócritamente, el genocidio cristiano de este siglo a manos de los integristas y la intolerancia, y lo silenciarnos por eso, porque son cristianos y no son una amenaza social, como si de creyentes de segunda se tratase... ¿no sabemos lo que hacemos?

Cuando, a veces, algunos usan su posición y su poder dentro de la "Barca de Pedro", ¡en tu barca, Señor!, para medrar o para causar daños irreparables, en las almas más inocentes y limpias... ¿no sabemos lo que hacemos?

Cuando, en no pocas ocasiones, algunos de los que debieran ser servidores de lo público, en los que hemos depositado nuestra confianza, a fin de que sea usada para el bien común, la usan para el enriquecimiento embriagador y la codicia desmesurada... ¿no sabemos lo que hacemos?



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

Cuando el enfermo no tiene solución, o su enfermedad no es rentable a los bolsillos de los poderosos, y seguimos alentando una falsa esperanza, mientras la vida se les va de las manos, esperando una respuesta por nuestra parte, al tiempo que despilfarramos el dinero ajeno en investigaciones muy cuestionables... ¿no sabemos lo que hacemos?

No me hagas reír, ni me hagas pensar que no sabemos lo que hacemos. No hagas que mi burla se una a la de los que ahora, como entonces, te insultan y se mofan de nuestra fe.

No quiero cansarte más con mi letanía de lamentos, pues, aunque nos digas lo contrario, sabemos perfectamente lo que hacemos. No tienes muchas fuerzas, y no quiero agotarte. Quiero que sigas hablando, aun sin ganas, casi sin aliento...; pues, si aquellos que te han llevado a la cruz no esperan ya nada de ti, hoy, los que estamos aquí, seguimos esperando tus palabras y seguimos esperando tu perdón. Con estas te lo pido en su nombre:

Triste, confusa y trémula,
mi alma herida de amor,
con pena, la más íntima,
implora tu perdón.

¡Triunfaste, Rey pacífico!
Tu gracia es tu victoria;
tuyo es el triunfo y gloria,
¡tuyo es mi eterno amor!

(Canto popular)



Segunda Palabra

«HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO»

Hasta los que habían sido crucificados junto con él lo injuriaban... Uno lo insultaba... Pero el otro intervino diciendo: "¿Ni siquiera temes tú a Dios que estás en el mismo suplicio? Lo nuestro es justo pues merecemos lo que merecen nuestros actos, pero éste no ha hecho nada malo". Y dirigiéndose a Jesús le dijo: "Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino". Jesús le dijo: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Podría pensarse que tu primera palabra, una vez más, ha caído en saco roto. En el saco de la indiferencia de los sumos sacerdotes, de los escribas y de los oficialmente justos. En el saco roto de un pueblo de duro corazón que hoy, como entonces, no sigue tus sendas. La tarde avanza, y los que te rodean tienen prisa porque este espectáculo termine pronto. Hay que hacer muchos preparativos para celebrar..., bueno, más bien para cumplir, con los ritos de la Pascua. Poco ha cambiado la escena; tú agonizas y nosotros miramos. Tú hablas y nosotros estamos muy preocupados con cumplir con nuestros ritos y tradiciones; la ofrenda del corazón... esa, ni importaba entonces, ni importa ahora.

En medio de lo que pudiera ser la más terrible de las soledades, y de los abandonos, te acompañaba una muchedumbre sedienta de tu sangre inocente. Allí estaban gentes de toda clase y condición; curiosos, extranjeros, soldados, plañideras, tu amigo el discípulo amado, tu madre y aquellas temerosas mujeres, que satisfacían su curiosidad de lejos, sin implicarse en la grotesca escena. Cualquiera podía haberse dado por aludido; incluso hoy nosotros, en esta mañana de Viernes Santo en Valladolid. Pero sólo dos personas pareciera que han escuchado tus palabras.

Quiero fijarme, mi buen Jesús, en aquellos que te acompañan más de cerca, que están en tu misma suerte, que sufren como tú y que esperan el fatal desenlace de sus vidas, de un momento a otro, en aquella mañana gris. Son dos bandidos, dos malhechores. Parece que estuviera preparada esta estampa; toda tu vida rodeado de gente despreciada, de pobres, menesterosos, de los excluidos de la sociedad de tu tiempo, y acabas tus días en la tierra acompañado de los que fueron tus predilectos.

Contigo, no muy lejos, alguien ha escuchado tu primera palabra: **Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.** El bueno de Dimas, una vez más, quiere aprovechar la jugada. Otra lapidaria sentencia ha llegado a sus oídos. Parece que tus palabras han resonado en su corazón, atormentado por el remordimiento; o quizá es el miedo a la muerte, a la que tantas veces había burlado, lo que le hace poner sus cinco sentidos en tus palabras.

En medio de la crueldad de la escena, tus palabras vuelven a sonar como un bálsamo para los enfermos, a los que viniste a sanar, como aquel samaritano que nos pusiste como modelo. Tus palabras han sonado en el corazón de Dimas como un ungüento que mitiga el dolor de su cuerpo y de su alma. Pero no todos te ven de igual modo; ni entonces ni ahora. Mientras el bueno de Dimas está atento a que resuelvas su petición, otros, como el mal encarado de Gestas, te increpan y te piden explicaciones del resultado de sus malas obras y, además, te exigen la salvación. "¿No es Dios?, pues que nos libre de este suplicio". ¡Pobre hombre! ¿Acaso no sabía que, con que te hubiera



mirado con un poco de fe, tú te habrías vuelto, mirándolo con misericordia, y estaría salvado? ¿Qué necesitó el centurión, cuando intercedió en favor de su criado? No pidió la espectacularidad “milagrera”, que tanto nos gusta a los hombres de este mundo; ni siquiera pidió un gesto. Sólo quiso una palabra. Una palabra le bastaba para alcanzar la salud de su sirviente. Confianza y fe, fue lo que movió a aquella mujer que pensaba que, con tocar el borde de tu manto, quedaría sanada; y así fue.

Todo lo contrario nos pasa a nosotros, cuando acudimos a ti, pensando que con nuestros rezos, que muchas veces nacen de un corazón hueco, duro y retorcido, podemos ganarnos la salvación. Pensamos que, con nuestras ofrendas y donativos, podremos comprar una parcela en el cielo. ¿Qué mercado es este, Señor? ¿Qué mercadeo nos traemos, pensando que podemos comprarte? Arranca de nosotros este espíritu mercantilista, tan alejado de tu bondad y misericordia gratuita.

¡Ay, infeliz de Gestas! Un poco de humildad ante el Rey de reyes, una pequeña palabra de súplica y de fe en quien ha sido confesado por Dimas como el mismo Dios, y habrías ganado el tesoro más abundante y precioso de todos los que has conseguido, en tu vida, con la rapiña. Hoy, ¿de quién estamos más cerca, Señor? ¿De Gestas, que te increpa, o de Dimas, que te confiesa y te suplica?

Hoy, como entonces, la gente, acaso sin fe, te pedimos explicaciones y te preguntamos: ¿dónde estás cuando ocurren las catástrofes de la propia naturaleza? cuando la casa común de todos, la Creación, es destruida y mutilada sin control, y parece rebelarse ante la mano indiscriminada del hombre. ¿Dónde está entonces el Dios de los Cristianos? (Encicl. *Laudato Si*)

¿Dónde está ese Dios del amor y de la justicia, cuando se siguen cercenando vidas de mujeres inocentes después de haber sufrido el desprecio y el maltrato?

¿Dónde está Dios mientras mueren inocentes en tantas guerras? Y decimos ¿Por qué permite tantas muertes y no se lleva a los que las causan? ¿Dónde estás cuando vemos en las camas de los hospitales a los enfermos que se cansan de luchar porque no encuentran sentido a su sufrimiento?

Viéndote agonizar en la cruz, encontramos la respuesta a todas estas preguntas. Sabemos que entonces, como ahora, estás en medio del dolor, de la incomprensión y de la paradoja de la vida y de la muerte; estás a la cabecera del que sufre, y lo sabemos porque tu rostro, incluso desfigurado y lleno de golpes y salivazos, es el rostro de la Misericordia de Dios Padre.

Poco han cambiado las cosas a pesar del paso del tiempo. Hoy otros te increpamos y te hacemos culpable de nuestras atrocidades, y te decimos, con el descaro de Gestas: ¡arréglanos la vida! ¿No puedes librarnos de nuestros males? ¿Dónde está Dios en esta o en aquella desgracia? ¡Sálvanos para que creamos!

También hoy, como entonces, otros Dimas se ponen de tu parte delante de los hombres, y dan testimonio de tu misericordia. Misericordia recibida como gracia, que puede transformar hasta al peor de los delincuentes, y ablandar el más pétreo corazón. Solo hay que pedir, y confiar con la humildad del vencido, por el amor y el perdón, para que otra promesa de paraíso resuene en nuestro frío corazón.

¡Quién pudiera, Señor, tenerte cerca en la hora de la muerte! ¡Quién pudiera, Señor, sentir tu mirada misericordiosa, como ahora la está sintiendo ese hombre que reconoce su culpa! ¿Quién sentirá tu mirada en ese trance, en el que toda la vida pasa por delante de nosotros? ¡Quién pudiera oír, cual otro ladrón arrepentido, la sentencia



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

esperanzada de sabernos a tu lado! *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.*

La firmeza con la que pronuncias esta sentencia confirma la autenticidad de la petición de perdón, y concede un atisbo de esperanza a ese bandido infeliz, que ha puesto en su boca temblorosa, y en su trémula voz, la más bella petición de misericordia.

Época fue de grandes redenciones:
El mundo de dolor estaba henchido
y en Gólgota, en sombras convertido,
se hallaban en sus cruces tres ladrones.

A un lado, en espantosas contorsiones,
se encontraba un ratero empedernido;
en el otro, un ladrón arrepentido,
y en medio el robador de corazones.

De luto se cubrió la vasta esfera;
Gestas, el malo, se retuerce y gime;
Dimas, el bueno, su dolor espera.

Y el otro, el de la lengua cabellera,
que sufre, que perdona y que redime,
se robó al fin la humanidad entera
(Enrique Álvarez Henao)



Tercera Palabra

«AHÍ TIENES A TU HIJO. AHÍ TIENES A TU MADRE»

*Junto a la cruz de Jesús estaba su madre... Al ver a su madre y a su lado al discípulo predilecto, dijo Jesús: **“Mujer, ahí tienes a tu hijo”** Y luego al discípulo: **“Ahí tienes a tu madre”**. Desde entonces, el discípulo la tuvo en su casa.*

El tiempo va pasando, y la gente, que sabe del final de aquellos tres malhechores, se va marchando poco a poco. No hay mucho que esperar en el desenlace de la terrible escena. Aquel monte, que había sido bautizado con un nombre muy significativo para el fin que tenía, estaba muy acostumbrado a que por sus piedras rodara la sangre de homicidas, ladrones, asaltadores, revoltosos enemigos de Roma..., lo mismo que estaban acostumbrados los habitantes de Jerusalén y los forasteros, que habían subido a celebrar la Pascua en la ciudad santa. Eran muchos años de revueltas, de ocupación romana, de ejecuciones públicas; por eso, aquel espectáculo, pese a su crueldad, no les llamaba demasiado la atención.

Allí, apenas quedan un puñado de fariseos, que se regodean en sus burlas, y algunos de los miembros del Sanedrín, que hacen los coros a sus cómplices. Los soldados bajo la mirada atenta del centurión, algunas mujeres que siguen mirando de lejos, y poco más.

Señor, todos ven cómo agonizas, mientras tu sangre se mezcla con la de los bandidos que te acompañan. ¡Qué hermosa escena! Tu sangre, la sangre de un Dios, que se mezcla con la de lo más bajo de la humanidad. ¿Acaso no viniste a eso?

En medio de tu agonía, hay una persona que aún espera una palabra de tus labios, una palabra que dé sentido a todo lo que está viendo y viviendo. Esa persona tiene corazón de mujer y, mientras te quede un suspiro de vida, permanecerá allí, sin hacer nada, sin decir nada, solo estando. Está allí sin vacilar, como “ayudándote” a cumplir tu misión redentora. Hay que estar como María, al pie y de pie junto a la cruz.

Tu agonía se va prolongando; parece que no vas a aguantar mucho más, pero es necesario que reserves un último aliento para tu madre. Nosotros, que seguimos sin implicarnos en esta farsa burlesca, ignominiosa y cruel, también esperamos que se abra tu corazón y hable tu boca.

Tú, acaso esperas que, en este inusual auditorio, haya alguien que, como Dimas, esté atento a las palabras que vas a pronunciar. Por nuestra parte, quizá con un espíritu egoísta, nos conviene escuchar, no sea que perdamos la oportunidad que nos da esta tercera palabra. Hasta ahora no nos ha ido mal, hemos sido disculpados y perdonados, se nos ha prometido tu compañía en el paraíso... ¿qué más se puede pedir?

A lo largo de tu vida, no has hecho otra cosa que dar a manos llenas. Diste el consuelo a los tristes, el perdón a los pecadores, la salud a los enfermos, la paz a los atribulados... toda tu vida fue de entrega; una entrega que te ha hecho llegar hasta aquí, hasta esta cruz.

Nosotros ¿qué te hemos dado? ¿Qué te hemos ofrecido? ¿Desconfianza y envidia porque hacías el bien, mientras nosotros hacíamos el mal? Nosotros te hemos dado la espalda, como tus discípulos en el Getsemaní de la agonía. ¿Esperas cosechar en nosotros algo de lo que sembraste y que, como en la parábola, quizá cayó en tierra



buena? No pierdas mucho el tiempo esperando. ¡Habla de una vez!... y puede que este pueblo, quizá, te escuche.

Tú, que eres el dueño de la historia, de los días y de los años, sabes que no te queda demasiado tiempo para seguir en la cruz. Una vez más, aun en el suplicio, te muestras generoso y nos diriges, nuevamente, la palabra. El silencio se hace insostenible; toda la humanidad, la que te contempló aquel primer Viernes Santo, y la que hoy te observa, quizá, con más indiferencia, está esperando una nueva palabra. ¿Qué nos dices ahora Jesús? ¿Qué más podemos esperar de ti? ¿Qué te queda por darnos?

Siempre hiciste las cosas grandes del modo más sencillo, sin grandes teatralidades, como el grano de trigo que, oculto, da fruto (*Jn 12, 24-26*). Con esa sencillez susurras esta sentencia; el viento se ha parado para que tu voz resuene en toda la humanidad. Nosotros aguardamos... esperamos impacientes esta tercera palabra. Y sacas todas las fuerzas que quedan, para darnos lo más preciado que te queda en este mundo. ¿Se puede esperar algo más de un hombre que está ensangrentado entregando su vida? De un hombre, no; pero tú eres Dios hecho hombre, y aún te queda por entregarnos lo que, sin duda, más amabas y por quien eras más amado.

Desde la cruz, ese altar en el que mueres, ves que ha permanecido en pie junto a tu lado esa mujer fuerte. Esa mujer que no entiende por qué matan al hijo de sus entrañas. Esa mujer que esperó en la promesas del Señor y fue elegida para ser, nada más y nada menos, que tu madre; la madre del mismo Dios.

Y tú contemplas en silencio, y ves que está destrozada, que su corazón está, más que nunca, traspasado por el dolor, al ver morir a su único hijo. No puedes permitir que esa mujer, que ve correr por el tronco de la cruz la misma sangre que corre por sus venas, se quede en la más absoluta de las soledades, en la más terrible de las penas de verse pobre y desvalida (*Lc 7, 11-27*).

No puedes verla triste, pues la causa de su alegría, quien la llenaba de gozo y esperanza, está ahora muriendo como un malhechor. Si te conmoviste con aquella viuda que iba a enterrar a su único hijo, ¿no te vas a conmover ante tu madre, que se ve en idéntica desgracia? Tú, que has prometido consuelo a todos los que lloran..., no puedes morir sin consolar a esta mujer.

Junto a tu madre se encuentra el discípulo que tanto amabas y que no te ha dejado sólo ante la muerte. Otros de los tuyos a los que, como a nosotros, se les llenaba la boca de huecas palabras de fidelidad y que decían, como nosotros te decimos, que jamás te negarían, lloran con la amargura en su corazón. Incluso hay quien ha tirado por el camino del medio y ha tomado la solución fácil, quitándose la vida desesperadamente, en lugar de hacer como tú, afrontar la suerte de este día, la suerte de cada día. El discípulo amado es el que se mantiene fiel y te acompaña hasta el final, sin importarle el «qué dirán», sin importarle que su vida pueda correr peligro por ser tu seguidor.

Aunque mueras, seguirás vivo en el corazón de tu madre dolorosa, pues el "Si" que dio al ángel, no puede quedar colgado de un madero. En una palabra, no la quieres dejar, no te quieres ir dejándola desamparada. Se abren tus labios resecaos por la fiebre y la sed, y pronuncias tu tercera palabra. "Mujer, ahí tienes a tu hijo". De este modo, realizas el último acto de esa entrega que fue tu vida, entregas lo último que te quedaba por entregar.

¡Qué bueno sería que nosotros fuéramos tus discípulos amados! ¡Qué hermoso sería que pudieras contar con nosotros para ese encargo precioso! También nosotros



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

queremos ser esos discípulos amados, y permanecer fieles hasta el final y que nos encomiendes acoger a tu Madre, para convertirnos en sus nuevos hijos.

No mires nuestras debilidades; mira, sin embargo, que queremos tener a María a nuestro lado, para consolarla, para acompañarla en su dolor, para vivir en su esperanza. Haznos dignos de tu confianza, y permítenos acoger en nuestras casas, en nuestras vidas y en nuestro corazón, a tu Madre.

Que ella sea para nosotros el último don precioso que nos entregas en un derroche de misericordia. Que ella nos enseñe a estar firmes y a ser fieles cuando la vida nos salga al paso con la dureza de la cruz. Quisiera, en esta mañana que se apaga como tu vida, una dulce palabra que se oiga en esta plaza: "Madre aquí tienes a tus hijos. Hijos, esta es nuestra Madre".

Saliste a buscarle como loca
por las calles de siempre, las plazuelas,
con el alma siguiendo sus estelas,
con su nombre quemándote la boca.

La angustia desatada te provoca
un presagio de muerte y tres esquelas,
a la luz temblorosa de las velas
su ausencia es un puñal de fría roca.

Del blanco de tu cara se desprende
que has perdido el color de la amapola.
Nada tiene sentido ni se entiende.
La luna, que ha querido ser farola,
que ilumine el regreso, se sorprende
que la plaza este llena y tú estés sola.

Rafael Domínguez Villa (*Soneto a la Soledad de San Lorenzo*)



Cuarta Palabra

«DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ MA HAS ABANDONADO?»

Al llegar el mediodía, toda la región se quedó sumida en tinieblas. Y, a eso de las tres, gritó Jesús con fuerte voz: “Eloí, Eloí ¿lema sabaktaní?” (que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”).

Ahora ya podemos ir a nuestros quehaceres, a cumplir con nuestras tradiciones y ritos, que tranquilizan las conciencias del cumplimiento. Ya podemos volver a la vida cotidiana. Ya podemos dormir, sabiendo que tú nos perdonas y que nos prometes un lugar en tu reino. Ya podemos seguir muy preocupados ofreciéndote nuestras oraciones, aunque nuestro corazón esté alejado de ti. Ya podemos, en resumen, emular a aquellos fariseos, hipócritas cumplidores, que te han traído hasta aquí, que te han quitado del medio, al mismo tiempo que ponían sus ojos en el templo de los sacrificios. Como ves, después de dos milenios, bien poco ha cambiado la cosa.

La bufonada sangrienta, que tenemos ante nuestros ojos, está tocando a su fin. Si, hace unas horas, tus palabras ya no suscitaban, el mínimo interés, ahora que no tienes nada que entregarnos, ahora que no tienes nada que prometernos, ahora que somos los custodios de tu tesoro máspreciado, ahora que no eres más que un despojo turbado, llagado y despreciable... Ahora es cuando nadie espera nada de ti y a nadie le importa lo que vayas a decir.

A pesar de los siglos transcurridos, esta humanidad, hastiada de vagas palabras, este pueblo tuyo, que ya no se cree los grandes discursos y las grandes promesas, esta sociedad, que ve cómo las palabras no tienen valor y que son paja que arrebatada el viento, sigue queriendo oír una palabra que le de consuelo y esperanza. Una palabra que nos anime a seguir luchando entre tanta hipocresía y entre tanta palabra falaz. Queremos palabras sinceras, veraces, honestas, limpias... queremos tus palabras.

En el caluroso mediodía de aquel Viernes Santo, te estás agotando; tu cuerpo se desangra y se está deshidratando; tu propio peso no te deja casi respirar; la muerte te está acechando para cortar el frágil hilo que te une a esta tierra. Y, cuando vuelves a mirarnos y esperamos una nueva palabra esperanzada, rompes tu silencio, para gritar y para reclamar el porqué de tu abandono. Has vuelto al huerto de Getsemaní; has vuelto a comprobar que la pena y la tristeza te ahogan el alma; has vuelto a sentir el alma triste, hasta la muerte triste (*Mt 26, 38*). Y sin embargo, sentiste el consuelo y el alivio de tu pena por las manos del ángel.

Tus palabras siempre nos han desconcertado, como desconcertantes fueron cuando mandaste al paralítico que tomara su camilla y se pusiera en camino. (*Mc 2 1-12*) Desconcertantes fueron también tus palabras a Jairo que pedía la curación de su hija (*Mc 5, 21-43*). Más impresionantes y sobrecogedoras fueron las palabras que dirigiste, entre lágrimas, a Lázaro, cuando le ordenaste salir del sepulcro (*Jn 11, 38-44*). Pero en todas ellas veíamos el poder de Dios Padre, como signos del Reino que estaba ya presente.

Pero ahora tus palabras nos desconciertan más aún. Sabemos que tú eras el enviado y que venías del Padre para, después de ser glorificado, volver al Padre, pero no esperábamos que reclamases la presencia del Dios del Amor. Mejor dicho, que denunciases su ausencia. ¿Dónde quedan esas palabras tuyas: *quien me ha visto a mí ha visto al Padre que me ha enviado?* (*Jn 14, 9*)



Todos creíamos que Él estaba junto a ti, como lo sentimos en tu bautismo, como lo oyeron los discípulos al transfigurarte en el Tabor. (*Mt 17,1-9*). Pero tu grito desesperado ha sobrecogido al auditorio que contempla tu lenta muerte.

¿Qué te paso, mi buen Jesús, para gritar pidiendo explicaciones a Dios Padre? Si has soportado la flagelación enmudecido, si, incluso, has usado palabras pacificadoras en tu arresto, si en la burla y el escarnio al que te sometió Pilato no abriste la boca, ni devolviste el insulto, si no gritaste al ver tus pies y manos traspasados... ¿por qué lo haces ahora? ¿Por qué ahora, cuando lo has soportado todo y estás a punto de concluir tu misión redentora? ¿Acaso Dios no está contigo?

En la intensidad de tu dolor y en lo espantoso de tu soledad, llamas, invocas, reprochas dos veces a Dios; pero no a cualquier dios, llamas al que te puede salvar, a tu Dios, y por eso le llamas "Dios mío". No queremos creer que Dios no te oiga, Dios no puede estar lejos de aquí, lejos de tu dolor. Dios no puede estar lejos del sufrimiento de los hombres y mujeres que, hoy como entonces, gritan: "Dios mío, Dios mío".

Dime Jesús, Nazareno, tú que hoy eres nuestra voz... ¿se ausenta Dios del campo de batalla, del frente fratricida de pueblos enfrentados por viles intereses económicos? ¿Se esconde Dios en las costas de Europa, cuando se convierten en los nuevos cementerios anónimos plagados de tumbas ignoradas? ¿Nos abandona Dios, en el enfermo terminal o sin cura? ¿Miraba Dios para otro lado, cuando los servidores públicos de nuestro país, eran exterminados a nuestro lado, bajo el pretexto de una falsa libertad de los pueblos, y hoy parece que lo hemos olvidado? ¿Enmudece Dios ante nuestra hipocresía? No, rotundamente no. No lo puedo y no lo quiero creer. Aunque me cueste, aunque no encuentre explicación a esos males y a ese dolor. Aunque también tenga ganas de unirme a tu quejido y decir: "¿porque nos has abandonado?".

Tu Dios, nuestro Padre, el mismo que nos mostraste como Padre Bueno, ese Padre que hemos arrinconado de nuestras vidas y de nuestra sociedad, no es un padre que disfrute con las desgracias de sus hijos; más al contrario, sufre con ellos y se alegra con ellos, por eso sabemos que aunque, lo llames con un grito desgarrador, Dios está a tu lado, está a nuestro lado.

Tu abandono en la cruz es un misterio que nos sobrecoge siempre, y al mismo tiempo, nos llena de un desconcertante consuelo. Porque ¿quién de nosotros no se ha sentido muchas veces abandonado de los hombres y hasta abandonado de Dios? Si esto siente el madero verde... ¿qué no sentiremos nosotros, leños de seco corazón? (*Lc 23, 31*). Me consuela, de algún modo, saber que eres hombre y sientes y padeces, como cada hombre y cada mujer, y eso nos une más a ti.

Seguro, Jesús, que te sientes terriblemente defraudado y dolorido ante el abandono de la gente a la que tanto habías querido y a la que tantos favores habías hecho. Los muertos resucitados, los enfermos curados, los pecadores perdonados y defendidos,... ¿Dónde están ahora? ¿Dónde están esos discípulos que, no hace mucho, te decían que eran capaces de beber el mismo cáliz que tú estás ahora bebiendo? (*Mc 10, 35-45*). ¿Dónde estamos hoy tus fieles, tus cofrades, tus servidores, cuando a nuestras puertas llaman el hambre, el reo de las adicciones, los que no se ajustan a nuestras hipocresías moralizantes...? No sé qué te duele más, si sentirte abandonado de Dios Padre o verte en verdad abandonado por nosotros. Entiendo tu desesperación y comprendo, que al verte así, pidas explicaciones a aquel que te encomendó esta misión.

Ahora que te contemplamos como un gusano despreciable, sin aspecto de persona, y que tu grito ha hecho estremecerse nuestros corazones narcotizados por la



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

comodidad, de una sociedad interesada y hedonista, me atrevo a quitarte la palabra de tus labios.

Soy yo, y es la humanidad entera la que al verte, por nosotros, colgado de la cruz de tantos inocentes, y ver las terribles consecuencias, te decimos: Dios mío, Dios mío ¿por qué te hemos abandonado?

Hoy, como entonces, no tenemos respuesta a la fúnebre pregunta que sale de tu boca; tampoco tenemos respuesta cuando parece que Dios nos ha abandonado. No hay respuesta cuando parece que nos metemos en un cieno profundo, del que no parece que se pueda salir antes de morir. No hay respuesta, sólo preguntas por contestar. Por eso, una vez más, nos atrevemos a decirte: Dios mío, Dios mío, no nos abandones jamás.

Solo estás, Señor, en tu agonía,
del todo, hasta del Padre abandonado.
Levanta el corazón al mediodía,
con penas de este negro Viernes Santo.

Y gritas reclamando una respuesta,
que alivie, ya tu pena y tu quebranto,
el viento te contesta y se estremece,
al ver a todo un Dios, agonizando.



Quinta Palabra

«TENGO SED»

Después, Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que también se cumpliera la Escritura, exclamó: “Tengo sed”.

El tiempo va pasando. Este suplicio inhumano se te hace eterno. La noria del tiempo va robando, en los cangilones del dolor, el agua de la vida del Nazareno, el Rey de los Judíos; y, como un riachuelo de Castilla, poco a poco, el estío de la muerte lo está consumiendo. El centurión Longinos y dos o tres soldados a sueldo, guardan la presa que las fauces de la incompreensión de los hombres se ha cobrado. Al pie de la cruz, los de siempre.

Nadie mira ya el deformado cuerpo. Apenas te queda un hálito de vida. Estamos ante la contradicción de ver al dueño de la vida vencido por la muerte.

Luchas contra lo que es inevitable, el fin de la luctuosa escena. Mientras, las plomizas nubes anuncian el luto de la humanidad, que se ve huérfana y nada hace por remediarlo. Quieres buscar otra postura que alivie en algo tu dolor. Tu cuerpo no responde, no tienes fuerzas; tus músculos, no soportan más tensión; el calor te hace casi delirar; tu respiración es agónica. No puedes más.

Apenas puedes decir una palabra, estás más débil que nunca, te faltan las fuerzas para todo. Tu grito no ha tenido respuesta; sientes el abandono y no podemos imaginar la angustia y los dolores que estás aguantando. Quieres que todo pase y que se acabe este suplicio. Quieres que pase pronto este cáliz acibarado que estás a punto de apurar.

Sabes que no puedes abandonar; sabes que de ti depende la salvación de la humanidad, por eso todavía no puedes dejarte caer en brazos de la muerte. ¿Cómo abandonar ahora, cuando queda apenas una hora y todo estará terminado? Ahora toca aguantar, y sólo aguantar; aunque ninguno de los miembros de tu cuerpo te parezcan tuyos.

Una vez más, estamos esperando que de tu boca salgan nuevas palabras, palabras de vida, palabras que nos alienten en nuestro caminar como cristianos, palabras que nos vayan marcando el camino para poder seguir, una vez que hayas muerto. Sabemos que serán pocas, apenas las podremos oír, pues tus labios, llagados por la fiebre, se han ido paralizano poco a poco. Nuestro corazón está cada vez más atento. Ese ruido, como de galerna, que se cierne sobre el Gólgota, no ayuda a oír con nitidez tu petición.

Casi sin fuerzas, nos dices fugazmente: “Tengo sed”. ¿Por qué rechazaste el vino con mirra que te ofrecieron? ¿Acaso para conservar pleno el conocimiento?

Año tras año, como el rumor de la noria que mueve el agua, seguimos oyendo esa frase “tengo sed” y pensamos que si te hubieran dado algo de beber no habría salido de tus labios. Es la primera palabra en la que nos reclamamos algo. Un poco de agua.

Si hubieras aceptado el ofrecimiento de ese vino drogado, ahora, quizá, no notarías el dolor de modo tan intenso. Hubiera aliviado, en parte, tu tormento, pues, sabiamente, dice tu pueblo en el Libro de los Proverbios: *Dad vino al que está por morir; que beba, olvide su miseria y no se acuerde más de su desgracia (Prov 31, 6)*. Parece mentira que un hombre que en su vida se manifestó como fuente de agua viva que apagaba la sed: *quien tenga sed que venga a mí y yo lo aliviaré, (Jn 7, 37)* que dice ser *un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna*, alguien que se ofreció como *esa*



agua, que quien la prueba, jamás tendrá sed (Jn 7, 14), ahora se vea abrasado por la sed de la agonía.

Tú que soportaste el hambre y la sed en el desierto, estás ahora abatido, y parece que sucumbieras ante la necesidad de mojar tus labios, secos por el dolor y la agonía, en un poco de agua. Un poco de agua que mitigue tu sed, que haga este momento más llevadero. ¡Cómo se puede aguantar tanto! Eres Dios, pero solo cuentas con las fuerzas de un hombre y, siendo todopoderoso, ahora te conformarías con un poco de agua.

Quizás, vienen a tu mente los salmos que, en otro tiempo rezaste en el templo, no lejos de aquí, y que ahora recitas en silencio desde la cruz: *Seca está mi garganta como una teja y la lengua se me pega al paladar, ¡Me has hundido en el polvo de la muerte! Tengo taladradas las manos y los pies...* (Sal 22, 16-18). El dolor y el agotamiento físico es lo que te hace gritar "tengo sed".

Permíteme que te pregunte, aunque sé que no puedes contestarme. ¿De qué tienes sed? ¿Sólo de agua, o es aquí cuando estás sediento de justicia? ¿Tienes sed de justicia, porque eres un inocente? ¿Tienes sed por el amor que no te profesamos? ¿Tienes sed por la falta de solidaridad, que consiente en este mundo que hombres, mujeres y débiles niños mueran de sed, por no tener un poco de agua fresca? ¿Te causa la sed nuestro estéril corazón, que despilfarra el agua y, en aras del progreso, contamina y envenena los ríos y mares? Dinos, dinos Señor, ¿qué es lo que te causa esa sed que te agota?

¿Será la causa de tu estado la insaciable sed de riquezas de los hombres de hoy? o, tal vez, ¿el ambicioso mercado de personas que se usan como objetos para apagar la sed de los más bajos instintos de la sociedad pan-sensualista? ¿Será tu sed provocada por esos jóvenes que desorientados, sin futuro laboral y familiar, sin referentes humanos o espirituales, más de uno, apagan su sed en el agua hedionda de la drogadicción y la delincuencia, ahogándose, más y más, en el fango profundo, de una sociedad del bienestar que vacía a las personas?

¿No causará tu sed el ver a la Iglesia, en ocasiones, dividida y enfrentada por la sed de poder, mientras a tu rebaño se le priva de las frescas praderas y del agua cristalina de la misericordia? (Sal 23). Tu sed se apagaría si nos vieras unidos, formando ese rebaño que quieres apacentar.

Nosotros cerramos los ojos y miramos para otro lado; no queremos reconocer que tu sed no es de agua, que tu sed es de misericordia. No podemos hacer oídos sordos ante esta palabra, que, siendo la misma, sigue teniendo plena actualidad en nuestro mundo. Haznos, Señor, capaces de mitigar tu sed. Que nuestras entrañas, secas por la injusticia, el despilfarro, la falta de solidaridad con otros sedientos, nuestro egoísmo y nuestros insaciables deseos, no te nieguen esa agua amorosa, límpida y clara, que salta hasta la vida eterna.

Señor, sabemos que tu sed, la que ahora abrasa tu corazón, la sed que te provocamos, es más terrible e insoportable que aquella que notaste en la garganta. En unos minutos, dejarás de sentir esa sed previa a la muerte. La sequedad de nuestros corazones solo se saciará en el manantial de agua y sangre que va a brotar de tu costado.

Mueres de sed, Señor, en tu agonía,
y notas que te quema la garganta.
Arde el mundo, en este mediodía,
por oír tus palabras de esperanza.



Cofradía de las Siete Palabras

Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

Mueres de sed, Señor, siendo tú el agua,
que salta a la otra vida y no se acaba.
Nadie mitigar quiere este suplicio,
Nadie es, para ti, hoy Samaritana.



Sexta Palabra

«TODO ESTÁ CUMPLIDO»

*Fijaron en una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la llevó a la boca. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: “**Todo está cumplido**”. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.*

El telón del trágico teatro de la muerte está a punto de caer y poner fin a esta estremecedora representación. Como en el teatro de la vida, cada uno ha representado su papel. La tormenta que se avecina, ha hecho que el auditorio se haya quedado casi vacío. Hay prisa. Hay que celebrar la Pascua y hay que preparar todo para sacrificar, en el templo, al cordero inocente y sin mancha, para que su sangre derramada aplaque al Dios Altísimo.

Los soldados romanos, quizá embriagados por el vino adulterado que no has querido beber, esperan una orden para el desenlace final de la última escena. Son los últimos en entrar en ella. Llenos de saña contra los judíos, pondrán, llegado el momento, el punto final, quebrando tus huesos, dislocados por los golpes recibidos. En la platea del dolor, ya no quedan lágrimas que derramar; son tres horas de tensión, sin entreactos, sin cambio de actores. Tres horas de agónica entrega a los indolentes espectadores.

¿No es la escena que estamos contemplando, la “nueva versión” del sacrificio que sellaba la Alianza entre Dios y los hombres? *Sangre de la nueva y eterna Alianza, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados...* (Mt 26, 27s) declama con su vida el personaje principal. ¿No estamos, acaso, apurando los últimos minutos de ese Cordero sin mancha que, desangrado, está ofreciendo un sacrificio agradable a Dios, su Padre?

La escena tiene que acabar, no hay mucho más que decir. ¿O sí? Tres años declamando un libreto que se podía resumir en esta frase: *Amaos, los unos a los otros, como yo os he amado, pues no hay amor más grande, que el que da la vida por sus amigos... Vosotros sois mis amigos* (Jn 15, 12-15). Eso es lo “único” que has sabido hacer, dar la vida por nosotros, que nos tomaste por amigos.

Tú quisieras seguir proclamando este mensaje, pero ya no eres el dueño de tu cuerpo. Tu corazón, en otro tiempo lleno de vida, apenas tiene sangre para bombear, y tu organismo, se está paralizando. Eres un Dios, “limitado” por la naturaleza de un hombre. Tu mente, que está hace tiempo en el Padre, tiene la actividad justa para mantener la consciencia y decirnos la penúltima palabra, y todo estará cumplido. Tu vida se ha ido poco a poco y las fuerzas que has mantenido hasta ahora, para dirigirnos estas palabras, apenas te asisten.

En este mundo, en el que la muerte se oculta y se maquilla, tu figura sigue siendo atrayente. Otras muertes y otras crueles torturas no, pero tu imagen es todavía atractiva, pues en cada herida hay un motivo de redención: *Tus heridas nos han salvado* (1 Pe 2, 24). Puede parecer un tanto sádico pedirte que aún permanezcas en ese tosco madero al que estás clavado; pero necesitamos más palabras. Te necesitamos a ti, que eres la Palabra. Por eso me atrevo a pedirte, cuando el día va de caída, como aquellos de Emaús, “quédate con nosotros” (Mc 16, 28). un poco más y hálbanos



Es locura pensar que estás contento y feliz. Pero, incluso ante la escena que contemplamos, hay un motivo de gozo. Para muchos, has fracasado, pues el camino que comenzaste hace tres años, se ha detenido en la muerte más deshonrosa.

En verdad, has recorrido bien tu camino, no te has detenido en la orilla; tú has caminado por el camino que el Padre te había preparado. Como los grandes profetas, has subido a la ciudad santa de Jerusalén y no te has callado ante las injusticias y la opresión que sufría el pueblo. No te has hecho, con tu silencio, cómplice de los potentados de la política o de la religión. Como los grandes enviados por Dios a su pueblo, has venido hoy hasta esta ciudad, para decir las mismas palabras que pronunciaste aquel primer Viernes Santo.

Lo haces para anunciar el mismo Reino, para decir, mientras agonizas, que tu misión está cumplida. A pocos minutos de tu muerte, pasan por delante de ti poco más de tres décadas de vida; y aún contando con las tentaciones del desierto, el dolor de Getsemaní, las negaciones de Pedro, la incompreensión de los tuyos y la indiferencia de los que, hoy como entonces, miramos tu rostro desfigurado, aún con todo y con eso, dices que tu misión se ha cumplido.

Humanamente, desde nuestros parámetros de mercado y de rentabilidad, de peso y de medida, ¿no habrás perdido el tiempo?

Mira que recobrar una oveja perdida, abandonando el resto... (*Lc 14, 4*)

Absurdo hacer fiesta por un pecador que se haya arrepentido, cuando, en clave humana, lo justo sería que pagase por su pena... (*Lc 15, 7*).

Imaginar, tan siquiera, que tu cuerpo, que va a ser enterrado, como un grano de trigo, vaya a dar fruto... (*Jn 12, 24*).

Delirio humano, creerte que estas palabras tuyas, que son insignificantes como el grano de mostaza, no pasarán, aunque pasen el cielo y la tierra... (*Mc 13, 31*).

Quimera inalcanzable, al escuchar: ***venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré***, cuando no eres capaz de mitigar la fatiga de este suplicio... (*Mt 11, 28*).

Mira que dejarnos, como única norma de vida, un mandato nuevo, el del amor, cuando nos tranquiliza mucho más la conciencia el cumplimiento de preceptos, normas, cánones, rúbricas litúrgicas. ¿A quién se le ocurre mandarnos amar hasta entregar, si fuera necesario, la última gota de nuestra sangre e, incluso, amar a los enemigos? (*Lc 6, 35*).

Siendo el Señor de Señores y el Rey de los Judíos, según dice la burlesca tabla que corona tu cruz, ¿cómo se te ocurre dejarnos, como lección para vivir, ese gesto del ***lavatorio de los pies*** a tus discípulos? Tú que eres el rostro de la misericordia del Padre (*Misericordiae vultus, 1*), que se manifestó con brazo poderoso y cuya voz resonaba, con tal fuerza que descuajaba los cedros del Líbano, que derribó a pueblos números... Tú, Cristo agonizante, ¿nos dices que un insignificante trozo de pan y un poco de vino, serán, de ahora en adelante, tu Cuerpo y tu Sangre? ¿De verdad piensas has llevado a cabo la voluntad de tu Padre? ¿Todavía te atreves a pronunciar esta sexta palabra y decir de nuevo: "Todo está cumplido"?

Te responderé yo, aun siendo osadía. Sí, Señor mío y Dios mío. Todo está cumplido; porque, sin estas cosas, y otras muchas que a lo largo de tu vida fuiste diciendo y haciendo, no tendría sentido nada de lo que hoy hacemos y nada de aquello en lo que hoy creemos.



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

Claro que todo está cumplido, y muy bien cumplido, porque sin esa oveja perdida o ese grano de trigo que muere, y sin ese rostro poco atrayente que hoy muestras, no podríamos saber, cuán grande es el amor que Dios nos tiene, y cuán misericordioso es para con nuestros pecados. Si, ahora justamente puedes decir que, "todo está cumplido".

Muere la vida, y vivo yo sin vida,
ofendiendo la vida de mi muerte,
sangre divina de las venas vierte,
y mi diamante su dureza olvida.

Está la majestad de Dios tendida
en una dura cruz, y yo de suerte
que soy de sus dolores el más fuerte,
y de su cuerpo la mayor herida.

¡Oh duro corazón de mármol frío!,
¿tiene tu Dios abierto el lado izquierdo,
y no te vuelves un copioso río?

Morir por él será divino acuerdo,
mas eres tú mi vida, Cristo mío,
y como no la tengo, no la pierdo.

Lope de Vega



Séptima Palabra

«PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU»

Hacia el mediodía las tinieblas cubrieron toda la región hasta las tres de la tarde. El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Entonces Jesús lanzó un grito y dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Con esta palabra se apagó la Luz. Los negros nubarrones han envuelto en tiniebla aquella comarca. Es la oscuridad de la ausencia de Dios. El dolor ya no encuentra ni un sollozo en la garganta de la Madre Dolorosa. No hay más palabras que decir, ni más gritos que dar. Se han escuchado las últimas y más estremecedoras palabras que un hombre ha podido pronunciar. Nadie ha quedado allí; todos los piadosos hijos del pueblo elegido, están en sus casas, o en el templo ofreciendo los sacrificios rituales de la Pascua. A la hora en que se derramaba la sangre de los antiguos ritos, expira el Cordero inocente. Todos se han marchado y han abandonado en la gehena de la humanidad a la única víctima que salva y que muere en paz, después de haber representado su papel hasta las últimas consecuencias, poniendo en ello la sangre y la vida.

No quedan más palabras; ni en tu boca, ni en la nuestra. Siete y solo siete; la perfección en el número y en el contenido. Si al inicio de este diálogo dudaba yo que alguien esperara algo de ti, o de tus palabras, ahora ya no queda nadie para escucharte. Los soldados están hartos de beber para matar el tiempo y embotar sus conciencias.

Solo el jefe de la centuria que, con ese puñado de soldados a sueldo, había reprimido la tumultuosa masa de gente insultante que llenaba las estrechas cuestas que llevaban del pretorio al Gólgota, sólo este pagano invasor, que es capaz de ejercer un poder represor sin temblarle la mano, es quien pierde la batalla ante los despojos de un cuerpo, que a muy pocos les importa su final y que en unos segundos va a morir.

Verdaderamente éste era un hombre justo (Mc 15, 39). Es la voz de la humanidad, que se da cuenta de su error, para el que, ya no hay remedio. No hay escena más terrible que ver a un hombre agonizar sin poder hacer nada por evitar su muerte. En esta escena cruel, el cuerpo del siervo sufriente (*Is 52, 13s*), rechazado como un leproso, hundido, humillado y triturado por nuestros crímenes, pende de unos brazos dislocados que apenas se sujetan en un manojo de tendones retorcidos a punto de rasgarse. No hay parte ileso en su cuerpo, pero sus heridas nos han curado.

Los estertores previos a la muerte te han atenazado la garganta; solo te queda un poco de aire, que esconde tu último grito, tu última palabra. Es la última confesión que se permite decir a todo reo, antes de entregar su vida, para mostrar algo de arrepentimiento. Tu caso es distinto, pues no hay delito; es para hacer una declaración de confianza en el Padre de la Misericordia, de quien eres el rostro amoroso. Ciertamente es que ahora lo disimulas detrás de los golpes, o de la sangre que cubre tu cuerpo.

No has podido soportar más el dolor. La debilidad se ha hecho fuerte contra tu cuerpo exánime. Nada te queda por hacer en este mundo. ¡No queremos que hagas nada, solo habla si puedes! Ya todo se ha acabado. Puedes morir en paz. Gritas, pero ahora no con desesperación, sino con confianza. Con la seguridad de haber recorrido bien el camino; con la seguridad de saber que, en este suplicio, estás recibiendo la corona de



gloria que ya no puede marchitar ni el dolor, ni la muerte, ni la burla. Al final, la confianza es total.

Estamos esperando, como tú has esperado este doloroso momento, como ha esperado toda la humanidad, pendiente de que nos dirijas un último suspiro, la última de tus palabras desde la cruz. Esperamos una última frase que nos conmueva... Aunque, pensándolo bien, si hasta ahora no nos hemos conmovido, cuando te has mostrado misericordioso con nuestras acciones. Si no nos hemos sentido tocados, en nuestro interior, cuando nos has prometido un lugar en el cielo en tu compañía, si nuestros corazones han permanecido impasibles ante el dolor de tu Madre, o no nos hemos estremecido ante tu asfixiante sed... Si oyendo tu grito de desesperación, hemos mirado a otro lado... muy duro está nuestro corazón o muy atenuada nuestra fe.

Recuerdo que antes te preguntaba si, después de habernos dado a tu Madre como madre nuestra, te quedaría algo por entregarnos. Sólo una cosa te queda por entregar, tu espíritu; que es como decir, la esencia misma de tu ser. Por eso se lo entregas a quien es su dueño. Cuando oímos, en medio de un grito atormentado: "Padre, te entrego mi espíritu", estás devolviendo el don de la vida a quien es su dueño.

El espíritu que te llevó al desierto y te fortaleció en la tentación. El mismo espíritu que descendió sobre ti en el Jordán, que guió toda tu vida, y te movió a predicar la gracia salvadora y un amor incondicional del Padre hacia la humanidad. El espíritu que tú entregas, es el mismo Dios que te acompaña, incluso, en tu agonía y tu dolor.

No se lo entregas a aquellos que, bajo el deslumbrante color del dinero o del poder político, se creen que pueden arrebatarse la vida de los hombres, jugando a una doble moral.

A aquellos que, mientras se escandalizan por las más insignificantes cuestiones de moral personal, despojan, matan y cercenan las conciencias escrupulosamente, dejando, a su paso, los cadáveres de su intolerancia. A aquellos, que al mismo tiempo que rezan y, como Tú, invocan al Dios de la vida, usan a su conveniencia política la pena de muerte. Tú no Señor, Tú solo rindes cuentas ante el Padre de la Misericordia.

Sabes que, después de esta entrega, por fin, todo habrá concluido y todo tu dolor se tornará en dulzura. Te cuesta dejar este mundo y esta vida. Gritas y te aferras a ella. Como se aferra a la vida, y grita, ese joven que devanaba su vida feliz de éxito y le ha cortado la trama, que nadie sale en su defensa y nadie le hace caso (*Is 38, 10*). Tu grito es su grito. Como es el grito de tantos padres y madres que, llenos de coraje, han visto morir a sus hijos después de una larga lucha, abandonados por las instituciones que se llaman públicas y sociales. Tu grito es el grito de tantos y tantos hombres y mujeres que reclaman justicia con su voz, amordazada por las dictaduras totalitarias. Tu grito es el de aquellos que reclaman un pedazo de tierra para poder sustentar a sus familias. Tu grito es el de aquellos que son perseguidos por causa de su raza, ideología o religión. Me atrevería, incluso, a decir, que tu grito es el grito de los poderosos, que, llenos de engreimiento y poder, no son capaces de amar, sino al dinero, a la posición social y al prestigio, mientras su vida se ahoga en la amargura de la soledad. Por ellos también gritas y mueres.

Tu muerte sobrecogió a quienes te contemplaron, y sobrecoge también a los que hoy estamos siendo meros espectadores, en esta mañana de pasión castellana, sin implicarnos, o, si me apuras, sin importarnos tu muerte. Ante tu cuerpo, ya sin vida, me atrevo a hacer una petición. Quisiera que tu grito fuera el eco de los gritos que reclaman justicia y misericordia, tan difíciles de conciliar en este mundo. Me gustaría que nuestros



Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

ojos, nublados por las lágrimas, fueran la luz de los que viven en esas tinieblas que han ocultado al sol, para no iluminar la afrenta de ver a un Dios colgado de un madero, muriendo como un malhechor. Quisiera que nuestros pétreos corazones, movidos por tu amor, se resquebrajaran como las piedras de aquel patíbulo que te contempla.

Nuestros corazones desgarrados por la guerra, heridos por el odio y el rencor, traspasados por la falta de amor, quisieran ser como ese velo del templo, que se ha rasgado, pues ya no tiene sentido ocultar el Santo de los Santos cuando el nuevo tabernáculo sagrado, el nuevo signo de la Alianza, está expuesto a la mirada cínica de todos. Quisiera que entráramos en tu corazón por la herida del costado, y beber de la única fuente de vida que calmará nuestras ansias de plenitud, al tiempo que, como hizo el centurión, te confesáramos como el Justo.



Conclusión

Cristo ha muerto; su espíritu se ha ido al Padre. Con un grito desgarrador rompe los corazones más duros y más insensibles; romperá hasta la piedra del sepulcro que acogerá su cuerpo santo. Cristo de las Mercedes, un año más hemos venido a tus plantas, con el corazón tembloroso, como el asustado niño que se sabe culpable de la escena que tiene delante. Hemos venido para recordar ese primer Viernes Santo, en que nos dirigiste estas "Siete Palabras", que han perdurado en el tiempo y se han grabado en miles de corazones. Haz que los hombres y mujeres de esta bendita tierra, que te reza, te llora y te suplica, sientan tus palabras arder en sus nobles corazones castellanos. Bendice, Cristo de la Mercedes, a cuantos te veneran, a cuantos esperan en tus palabras, a cuantos confían en tu misericordia. Haz que el amor que te clavó en la cruz no se disipe en propagandas e intereses, que no sean, el interés por la salvación que nos regalas al morir en la cruz.

Quisiera agradecer vuestra presencia y vuestro recogimiento, vuestra oración callada. No quisiera terminar sin agradecer a la Cofradía de las Siete Palabras el esfuerzo que cada año hace por mantener esta venerable tradición, y que en esta ocasión me haya dado la posibilidad, sin mérito por mi parte, de compartir con todos vosotros este momento de oración y meditación. Termino, en este octavo centenario de la Confirmación de la Orden de Predicadores, con palabras de uno de los más grandes predicadores de la pasión y muerte de Cristo, fray Luis de Granada.

El amor me hizo bajar aquí del cielo,
y me clavó aquí con cruel herida.
Desfallezco y nadie llora por mi amor,
al que no pueden quebrantar las torturas de una cruz cruel.

Obliga el amor a llevar una corana
que me punza La cabeza y el cerebro,
le obliga el amor a sufrir tantas heridas.

Con hiel mezclada con vinagre
apagó mi sed el amor, y abrió mi pecho
soportando una lanzada.

Sólo el amor triunfa de mí, el rey de reyes.
El sujetó con clavos mis pies y manos.
Si deseas, pues, darme señales de un ánimo agradecido,
Ama: el amor sólo me basta por todo.